



NÚM. 10.

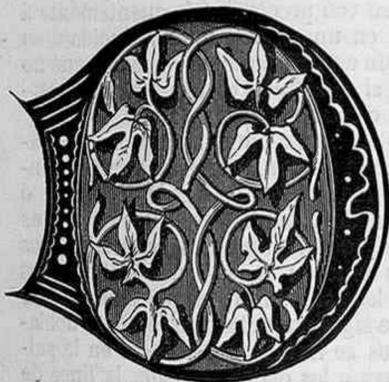
PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 9 DE MARZO DE 1862.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO, Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMÉRICA Y ASIA, 40 á 45 pesos.

AÑO VI.

REVISTA DE LA SEMANA.



e las fiestas públicas del carnaval, las del primer día se aguaron completamente, hasta el punto de hacer huir á la mayor parte de las comparsas que se habían atrevido á salir á la calle. En el segundo el tiempo estuvo mas sereno, y ya en el tercero y

el cuarto (porque el miércoles de Ceniza se despidió el carnaval con mas ruido que los primeros días) pudo la gente alegre desquitarse. Entre las máscaras que han llamado la atención en esta temporada, se cita un famoso cangrejo cocido que iba por esas calles y paseos casi diciendo comedme, tan propia y artísticamente iba vestido. Se ha hecho notable tambien una comparsa que representaba el entierro de la lotería primitiva; y aunque no hemos visto el acompañamiento, hemos tenido en la mano la esquila de convite para el entierro del Pasaporte, hijo de la Inquisición, marido de la Cuarentena y padre de la Mentira. Sin duda este entierro no se ha verificado por la sencilla razon de que el Pasaporte aun no es cadáver, y no ha habido valor para hacer una inhumacion prematura. En efecto, para salir de España á cualquier punto que sea, se necesita el permiso de la autoridad y el pago de unos cuantos reales por los cuales se recibe el papel que faculta al poseedor para embarcarse ó atravesar la frontera. Háse hablado mucho en los últimos meses de diputados que pensaban presentar á las Córtes un proyecto de ley para la abolición de tales documentos; mas hasta ahora nadie ha dicho esta boca es mia, ni este proyecto traigo. Nosotros hemos hecho una observacion y es que antes de abrirse las sesiones todo se vuelven proyectos de mejoras para cuando se abran, y despues de abiertas no se realiza ninguno. Dudamos, pues, que en el car-

naval que viene pueda celebrarse real y efectivamente el entierro de ese anciano achacoso, llamado Pasaporte; y si tenemos la suerte de poder ir á la Esposicion de Londres pasando por Francia, aun necesitaremos este año contar con ese caballero respetable, por cuya salud están encargados de preguntar los guardias civiles de la parte de acá y los gendarmes de la parte de allá del Bidasoa.

En los bailes públicos no se ha notado este año tanta animacion como en los anteriores. Sin embargo, el teatro Real estuvo el martes concurridísimo y es de esperar que si hay baile de piñata lo esté hoy tambien, tanto mas, cuanto que la Zarzuela celebró la piñata el martes, y no hay otro local mejor para esta importante solemnidad.

En cambio de la poca animacion de los bailes públicos, los particulares nada han dejado que desear; y hay estómagos agradecidos que aun recuerdan las gratas impresiones que en uno de ellos, dado tambien el martes, recibieron.

El miércoles se verificó en la capilla de Palacio la ceremonia interesante de poner la ceniza á la familia real y á la córte. A la una se trasladaron procesionalmente las personas reales precedidas de la numerosa y lucida servidumbre de grandes y títulos, mayordomos de semana y gentiles-hombres de casa y boca: el reverendo patriarca de las Indias puso la ceniza á unos y á otros pronunciando al llegar cada uno aquellas sublimes palabras de la Iglesia: *memento, quia pulvis es, et in pulverem reverteris*; y acto continuo se cantó por los músicos é instrumentistas de la real capilla una misa compuesta por el maestro Esclaba.

Tambien los particulares hemos tomado la ceniza que se ha impuesto en todas las parroquias con las ceremonias acostumbradas. Quiérase el Omnipotente que acordándose cada cual de su origen, se prepare á ganar el cielo con buenas obras, no contentándose con los méritos de Jesucristo, que á todos nos alcanzan, sino procurando hacer por sí algunos otros; dado que para esto de ganar el cielo no sirven recomendaciones; ante la autoridad divina no se atiende mas que al verdadero mérito.

El correo de las Antillas ha llegado con noticias de Vera-Cruz hasta el 8 de febrero. En aquella poblacion reinaba la mayor fraternidad y armonía entre las tropas aliadas: la division española habia enviado á la Habana sus enfermos que iban á ser reemplazados. Es probable que tambien vayan á la Habana los enfermos de las demás divisiones si su número se aumenta, lo

que hasta ahora por fortuna no ha sucedido, notándose solo casos de calenturas intermitentes. Como importa sin embargo prever el caso de que estas fiebres cambien de color y se vuelvan amarillas, los jefes de la espedicion han determinado avanzar al interior y ocupar á Orozaba, Córdoba y Jalapa, que son puntos bastante salubres. Esta marcha no ofrecerá seguramente ningun obstáculo á pesar de las alharacas de los mejicanos que se jactan de impedirla. Ya recibirán órden del *supremo gobierno* para no hacer tal cosa y reservarse para ocasion mas oportuna.

El general Miramon, que habia llegado á Vera-Cruz y sido retenido en calidad de preso por el almirante inglés, habia recobrado su libertad y vuelto á la Habana desde donde ha venido á Cádiz. No sabemos por quién iba á trabajar el señor Miramon; pero sabemos que el señor Almonte, que parece es quien protege la candidatura del archiduque Maximiliano, debia llegar de un momento á otro á Vera-Cruz, donde sus amigos le esperaban con impaciencia. Ahora falta que asi como el almirante inglés prendió á Miramon, el francés prenda á Almonte; y luego no faltará algun otro á quien el general español pueda prender tambien para la debida compensacion y equidad entre los aliados.

En cuanto á la candidatura del príncipe Maximiliano, dicen los diarios de la Habana que habia sido mal recibida. Los periódicos extranjeros probablemente dirán lo contrario; pero nosotros nos inclinamos á creer lo que publican los españoles, no porque lo sean, sino porque es natural que los mejicanos, supuesto que deseen trono, lo cual todavia es dudoso, prefieran verle ocupado por quien les entienda y á quien entiendan, en vez de tener un príncipe que ni sabe decir *chicha* claro, ni bailar el *jarabe*, ni preguntar *¿estamos?* Es verdad que cuentan que el archiduque está aprendiendo español y que ya sabe decir *¡cá!* con mucha gracia; pero dudamos que pueda hacer en esta hermosa lengua los progresos necesarios para dejar satisfechos á sus presuntos súbditos.

Además de las noticias de Vera-Cruz, ha recogido la crónica las de París, donde el príncipe Napoleon ha pronunciado en el Senado un discurso contra el poder temporal del papa, y donde los estudiantes parece que no llevan á bien no sabemos qué otros poderes mas ó menos temporales. A los estudiantes se les ha amenazado con borrarles de las matrículas, cerrar las academias, y otras medidas aun mas severas. Al príncipe Napoleon no se le ha dicho nada, pero se cree que al fin

le dirán algo. Como su discurso coincide con la subida al poder del nuevo ministerio italiano, cuyo jefe, Rattazzi, estuvo en el otoño último en París, y cuyo ministro de comercio, el conde Pepoli, es pariente del monarca francés, se cree por algunos que se acerca el momento de una solución de la cuestión romana.

Los griegos se van insurreccionando: la mitad del ejército se ha pronunciado apoderándose de Nauplia, donde están los almacenes y depósitos militares, y donde sostenidos por la población desafían la cólera del gobierno. Tienen los insurrectos la pretensión de que la Grecia sea Grecia y se agregue las provincias que tiene desmembradas, y se siga una política que llaman nacional, y que el rey tenga hijos: todo lo cual está declarado imposible por la diplomacia. De manera que la cuestión de Grecia que empieza ahora, ha de dar que hablar si Dios no lo remedia.

Un apreciable suscriptor nos ruega que digamos algo de la comedia titulada *Juan Perez*, representada en el Príncipe hace mas de quince días. Le diremos que es una de esas producciones efímeras de las cuales no se puede decir bien ni mal, que nacen y mueren en un día, que por un lado muestran bellas dotes, por otro inesperienza, y que caen en el olvido al momento.

En Variedades se ha estrenado estos días el drama *La última pincelada*, donde se presenta el cuadro del asistente volviendo de Africa con la maleta de su amo. Falsos caracteres, inverosimilitud constante, escenas dislocadas.

El señor Dacarrete ha dado á la escena *El Buey suelto*, comedia representada despues de *Juan Perez* en el Príncipe: mejor como obra literaria que como dramática, poco adaptada al gusto del público español, y puesta solamente un día en escena, por haberla retirado su autor segun nos han dicho.

En la Zarzuela el *Agente de matrimonios* tiene un primer acto muy bien escrito; mas en el segundo y tercero el interés decae, y no se echa de ver la mano del autor del *Tanto por ciento*, que sin embargo es quien la ha escrito. *La pastora de la Alcarria*, estrenada en el Circo, es una bonita zarzuela en un acto, en que la Ramos nos agradó mucho. Dicen que la compañía del Circo se ha disuelto: traslado al señor Salas para que procure ajustar algunas buenas y bellas partes de las que le acompañan.

Por esta revista, y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

LA MANO.

II.

Es verdad tambien que los trabajos de la mano no son iguales en todos; nosotros no sentimos todos de la misma manera, sino que nuestras sensaciones se diferencian segun la ocupacion, el estado, la edad y el sexo, y asi como las tareas de la mano ejercen una influencia inevitable en la forma de la misma, es decir, en la flexibilidad, en la musculatura y en la sensibilidad de la piel, del mismo modo deben diferenciarse tambien las formas en los diferentes hombres. Conocemos la diferencia entre la mano de un herrero y la de un pintor; entre la de una lavandera y la de una devota; pero bien considerado, cada hombre tiene una forma de mano especial, y en cada persona hay una diferencia entre la mano izquierda y la derecha. En la mano se imprime toda la individualidad y la especialidad del hombre; esta es tambien la opinion de los chinos, los cuales mandan á cada viajero que solicita un pasaporte, que ponga su mano derecha cubierta de pintura al oleo en un papel delgado y humedecido para que se marque allí haciendo imposible de este modo el que cambie su pasaporte.

Para clasificar estas diferencias tan grandes y tan infinitas ha habido muchos sabios que han dividido las formas fundamentales de la mano del hombre segun sus ocupaciones en siete clases, que son: la elemental, la de forma de espátula, la artística, la útil, la filosófica, la física y la mista; otros, apoyándose en una base anatómica, aunque lejana, han admitido solo cuatro, á saber: la elemental, la motora, la sensible y la física.

Nada puede objetarse en particular contra esta clasificación; está justificada como puede estarlo la de la nariz en aguileña, roma, etc.; pero no es tan fácil, porque las alteraciones que sufre la mano en razon á sus ocupaciones en las relaciones de la vida podrian estraviarnos con frecuencia hasta el punto de considerar como artística la que era natural, lo cual no sucede en la nariz. La nariz es siempre como la ha formado la naturaleza y no cambia mas que por algun accidente.

Si hemos de hacer una clasificación de la mano debemos guiarnos principalmente por el conocimiento de su misma estructura; conocimiento que tendremos de un modo mas exacto haciendo una comparacion con las formas de la mano en los animales. Sabemos que hay animales que tienen tambien manos, aunque las partes que las componen no están en la misma proporcion que en nosotros; en general la palma es mayor que los dedos, mucho mas ancha como en las palmípe-

das ó muy estrecha como en muchos monos. En nosotros, al contrario, hay entre la muñeca la palma y los dedos una proporcion determinada y que existe en grado ascendente, la palma es mayor que la muñeca y menor que los dedos, y es el término medio entre la muñeca y los dedos; mientras mas exacta es esta proporcion y menos esceden los dedos de la palma mas perfecta es la mano. Si con reserva de las denominaciones usadas, adoptamos la palma como base de la clasificación de la mano, podemos distinguir las siguientes formas:

1.^a La mano tosca; una mano pequeña, no desarrollada, de estructura débil, la palma es relativamente grande y los dedos pequeños, las articulaciones no se mueven con prontitud ni agilidad. Toda la mano parece sin accion y sin carácter, ó por mejor decir, su carácter es el no tener ninguno; esta clase de mano se ve frecuentemente en los dependientes de comercio y en las criadas.

2.^a La mano grande, la mano propia del trabajador que se ha agrandado por el trabajo del mismo modo que se ensancha el pié por el andar continuado. Los dedos son cortos, gruesos y chatos por la punta, la piel áspera y dura.

3.^a La mano delgada, huesosa y larga, cuya palma es larga y estrecha, los dedos largos y separados entre sí á causa del desarrollo de las membranas; las articulaciones son prominentes y se mueven con facilidad. Esta mano es propia de personas que trabajan mas con los dedos que con toda la mano, es decir, de escritores, de artistas y de médicos.

4.^a La mano noble, suave y blanda que tiene la mas bella proporcion entre la muñeca, la palma y los dedos, es de una forma larga y terminada en punta por los dedos; las articulaciones no sobresalen y la mano entera corresponde á las demás formas del cuerpo; es propia de las personas de alto rango.

Estas son las formas fundamentales, pero puede experimentar diversas variaciones por la influencia del trabajo, de la salud y de la constitucion, así como por la edad, el sexo y el temperamento del hombre; porque es cierto que existen en la mano signos mas ó menos marcados, pero fáciles de conocer, de las ocupaciones corporales ó intelectuales del hombre. Siendo esto así, con solo examinar la mano de un individuo, podemos saber su vida y su carácter, y en consecuencia de ello, tener un punto de apoyo para juzgar de su suerte futura. Si vemos una mano como la que hemos descrito en el número 1, tenemos motivo para creer que la persona que la tiene así, no es bastante rica en esperiencia de la vida y que adolece de los defectos de un carácter afeminado, como susceptibilidad y temor, y cuando la mano es gruesa, hasta de debilidad. Es probable que un individuo tal, pase penosamente el hilo de su vida, y mas nos convenceremos de ello por sus ojos, porque existe una conexión íntima entre los ojos y la mano; ambas cosas se completan en nuestros actos y tambien para nuestro juicio sobre el pasado y el porvenir de los hombres. La mano descrita en el número 2, indica ánimo, decision y todas las ventajas que lleva consigo el trabajo, es decir, la alegría y el contento. El porvenir de una mano tan fuertemente constituida, puede ser brillante y nunca será triste; el hombre que trabaja puede subir á un trono, pero no puede descender jamás á una suerte inferior.

La mano número 3, indica perseverancia y un carácter conciliador; el que la posee así, tiene muchos amigos.

La mano número 4, indica pasión é inclinación á la cultura, pero sin llegar á alcanzarla; el que tiene esta mano es rico en deudas y en amores, y brilla en las novelas y en los gabinetes.

Pero si vemos una mano, cuya clase no está tan determinada como sucede en la generalidad; si por ejemplo, la mano áspera ha adquirido mas carácter ó la del trabajador ha perdido algo del suyo por el adelgazamiento de la piel ó se aproxima á la mano delgada, ó la mano noble á la del trabajador, ó la mano viril ha tomado un carácter femenino ó vice-versa, en ese caso, no es difícil variar nuestro juicio, el cual será tanto mas acertado cuanto mas acostumbrados estemos á juzgar al hombre con exactitud por sus manifestaciones exteriores, arte que no tiene en realidad una importancia científica, pero que sin embargo, no es comparable á la craneoscopia; porque este arte tiene algo de verdad en sí, puesto que por un orden natural, las sensaciones interiores se reflejan en nuestro cuerpo, tanto las emociones súbitas, como las disposiciones permanentes, aunque el hombre por su voluntad ó por su modo de pensar, puede ahogar todas las señales de sus conmociones interiores; pero en la mano estas señales se marcan de un modo mas claro y permanente, porque manifiesta nuestra vida moral con mas constancia y duracion (1).

Podemos ampliar aun este fallo si examinamos la palma de la mano, pues la piel es en ella mas fuerte y mas dura que la del dorso y las impresiones no se borran tan fácilmente. Si miramos la palma hallaremos en la parte superior, donde empiezan los dedos, ciertas prominencias que los quirománticos llaman montes; fácil-

(1) Hacemos abstracción aquí de cómo puede presentar la mano todos nuestros pensamientos.

mente podemos convencernos del nacimiento de estos montes; si doblamos los dedos como para cerrar la mano, vemos que en el dorso sobresalen los nudillos mientras que debajo de estos la mano queda lisa por la palma. Si abrimos mucho la mano, veremos en el dorso ciertos hoyitos en los puntos donde antes sobresalían los nudillos, al paso que en la palma aparecen pequeñas prominencias donde antes estaba la superficie igual. Estas elevaciones por la palma y los hoyos por el dorso, son el resultado de los movimientos de las articulaciones de los dedos en las de la palma, y por lo tanto debemos medir su importancia. La mano del trabajador rara vez puede abrirse del todo y en ella no aparecen así los nudillos. En la mano número 3, los montes son muy pequeños, pues por la tensión constante de los dedos, la palma ha quedado lisa. Los montes demostrarían, pues, que las articulaciones se pueden mover libremente, y que el que tiene la mano así, no tiene un trabajo demasiado grande ni con la mano entera, ni con los dedos. Así, pues, esto sería la marca de una vida descansada.

Para examinar despues mas detalladamente las líneas de la palma debemos considerar los dedos de un modo mas especial. El dedo pulgar es el mas importante y significativo de todos; tiene la prioridad en la mano del hombre lo mismo que en la de los animales, cualquiera que sea la forma de ella. Esta importancia se le ha reconocido siempre tanto para lo bueno como para lo malo. Cuando los antiguos trataban con alguna indulgencia á los prisioneros de guerra los cortaban el dedo pulgar. Los movimientos del pulgar en el circo de los romanos decidían de la vida ó la muerte. La mutilación del pulgar era castigada por las leyes sajonas con diez y seis schelines mas de multa que la de otro dedo cualquiera. Esta supremacía está fundada en su disposicion; tiene músculos propios que le dejan moverse con fuerza; trabaja tanto como los demás dedos juntos; es como una hoja de unas tijeras cuya otra hoja son los demás dedos. Mientras mas marcado está el monte, mayor es su fuerza para auxiliar y mas se marcan los músculos á su alrededor, por lo cual está mas señalada la línea de la vida. De este estado de la línea se puede deducir la fuerza vital y la robustez del individuo, pero la duracion de la vida no está marcada por esta línea, sino por el monte, y del estado de la salud del individuo al presente se deduce la que ha de tener en el porvenir.

Una estructura semejante, aunque no tan determinada, la tiene tambien el monte del dedo pequeño; está dotado de músculos propios, aunque no se mueven tan fácilmente, ni en todas las personas, pero son muy útiles porque dan á la mano un apoyo hácia la parte de afuera. Si ponemos la mano en hueco avanzan mas los dos montes al mismo tiempo que las articulaciones de los dedos tercero y cuarto se dilatan hácia el centro, por lo cual, la piel de la palma se dirige hácia el centro, siguiendo el curso de sus fibras y produciendo así en medio la línea que llega hasta el dedo del corazon y que ha sido llamada la línea de Saturno ó de la fortuna. Esta línea se halla muy marcada en personas que por la clase de su trabajo se ven precisadas frecuentemente á introducir la mano en un espacio muy reducido ó en las que se encuentran en una posición cómoda y que no necesitan trabajar; si la riqueza es una felicidad, entonces esta línea es ciertamente una fortuna.

El dedo índice posee igualmente, aunque en un grado mucho menor que el pulgar, una gran libertad é independencia en los movimientos; puede separarse ó unirse á los demás dedos, por la construcción de sus libres articulaciones y de sus músculos especiales. Los otros tres dedos se mueven únicamente juntos, pues vemos que teniéndolos extendidos, si queremos doblar uno solo, los otros le siguen en el movimiento. Si doblamos los cuatro dedos se forman dos arrugas en la palma, una muy próxima á los dedos, llamada la línea de la mesa, se forma al moverse las articulaciones de los tres últimos dedos en las de la mano; el dedo pequeño acaba de formarla. Esta línea no pasa por los límites de los últimos tres dedos, porque está formada únicamente de los órganos de movimiento de estos dedos. Si esta línea llega hasta el índice, como sucede en la mayor elasticidad de la piel, en ese caso puede ser una señal de la debilidad física y de las imperfecciones que tienen relacion con ella. Mientras mas corta es esta línea, mas separadas se encuentran estas articulaciones y mas fuerza corporal demuestra, segun la opinion de los quirománticos. La segunda línea, llamada la natural, va desde el índice hasta el monte del dedo pequeño, donde cesa y completa en cierto modo la línea llamada de la mesa, que es mas corta. Si no existiesen estas dos líneas, no podríamos cerrar del todo la mano, porque la misma palma nos lo impediría. Nacemos con estas dos líneas, pues ya en el vientre de nuestra madre cerramos los puños.

El principio de esta línea es frecuentemente tortuoso, sobre todo en las personas que trabajan mucho con los primeros dedos, y en particular con el índice, como por ejemplo, las que escriben mucho; pero esto no puede tomarse como un indicio de ideas siniestras. Esta línea tampoco tiene conexión alguna con nuestro estómago. La curvatura de esta línea depende de la dirección de las articulaciones que influyen en ella. La

union de las articulaciones, es decir, de los dedos con los huesos del centro de la mano, va, como podemos verlo, en un semicírculo (cuya parte convexa se halla hacia los dedos) desde el índice hacia abajo, presentando desde el dedo pequeño hacia arriba un arco cóncavo que está repetido en la línea llamada de la mesa. Si faltara esta curvatura en una ó en estas dos líneas, ó si fuera demasiado grande en las mismas, sería una señal de la disposición anormal de las articulaciones correspondientes, como se ve en las naturalezas escrofulosas.

Vemos además que el dedo pequeño puede prestar casi los mismos servicios que el índice; puede también unirse ó separarse de los otros dedos. Si unimos mucho el dedo pequeño al anular ó le ponemos mas bajo se forma debajo de este último una pequeña línea, llamada por los quírománticos línea de honor. Esta línea se encuentra muy marcada en personas cuya mano es frecuentemente apretada.

Hay además ciertas líneas que atraviesan el puño por la parte de adentro; estas líneas son producidas por los movimientos de las articulaciones de la mano y se ven muy claras en los niños y en las mujeres, porque tienen el brazo mas lleno de carne. Nosotros no somos tan afortunados en esto, porque no estamos llamados para el descanso y el reposo, sino para la actividad, y el trabajo impide el aumento de carne en nuestro cuerpo y de superstición en nuestra cabeza.

A.

LA TRIREME

DEL EMPERADOR NAPOLEON III.

Muchas han sido las controversias habidas respecto á la forma y tamaño de la *trireme* ó *triremis*, suponiendo el mayor número de los que de ello se han ocupado, que los remos que servían de motor á aquella embarcación iban sobrepuestos en tres andanas ó órdenes, cada uno de los cuales ocupaba una cubierta; apoyando esta opinión en frases de escritores de la antigüedad, tanto griegos como latinos. Pero uno de nuestros días (1), que con asiduidad y erudición admirables ha desenvuelto, digámoslo así, la arqueología naval, hace ver, con pruebas y argumentos de gran fuerza, que no es exacta esa creencia; y que si bien las dos voces de que se compone la palabra latina, *tre* y *remis*, denotan triples remos, en manera alguna prueba que estos estuviesen en aquella disposición. Y tan es así, que en muchos de los escritores de aquellos tiempos vemos empleada la palabra *triremis*, ya para designar una embarcación de tres remos solos, ó bien para significar una de remos triples; de la misma suerte que les vemos valerse de la palabra *bireme* ó *biremis*, tanto al hablar de una de dos remos, como de otra de remos dobles.

En lo que no ha cabido ni cabe controversia, es en el papel que la *trireme* desempeñaba en la marina romana. Los autores, y cuantas noticias sueltas han llegado, sobre el particular, á nuestros días, todos están contestes en que era el buque propio para la guerra; es decir, ligero y manejable cual no otro.

Sin embargo, no vemos figurar esta clase de buques en las primeras escuadras de César. Nada se habla de ellos en el combate en que Bruto, el almirante de aquel dictador, destruyó la escuadra de los venetos; ni tampoco en el que dado frente de Marsella, y mandando el mismo jóven almirante, quedó derrotada la que los marselleses, partidarios del gran Pompeyo, pusieron al mando de Domicio (2). En el segundo que provocaron los mismos marselleses, y que se dió en las aguas de Tauroenta, es cuando vemos mencionar por primera vez, en la historia naval de Roma, las *triremes*; pero entre los buques de los enemigos del gran César (3).

Nómbrese por primera vez la *trireme*, como formando parte de la armada romana, en la ocasión de pasar al África, desde Sicilia, dos legiones y quinientos caballos, que pertenecientes al partido de Pompeyo, y mandados por Cayo Curion, desembarcaron en Aquilaria (hoy cabo Bon). En aquella ocasión, decimos, el hijo de César, que se hallaba en Cilypea con diez bu-

ques largos, asustado al ver la flota de Curion, ganó la tierra con la *trireme constrata* (1) que montaba, y huyó á pié hasta Adrumeto, dejando abandonada y varada en la costa su nave. (V. el Libro 2.º de la guerra civil en los Comentarios de César). Tales son los datos mas remotos que respecto á la *trireme* de guerra nos dan los anales marítimos de Roma.

El emperador Napoleón, que como todo el mundo sabe, se ocupa hace mucho tiempo en escribir la vida del famoso romano que acabó con la república de su país, y que para que su trabajo salga á luz tan exacto como es dable, ha acudido y acude por medio de entendidas y laboriosas personas, á las fuentes de que puede extraer las mejores noticias, si bien no ha logrado reunir todas las necesarias para fijar la opinión respecto á la marina de la ciudad eterna, ha hecho, sin embargo, construir, después de oír al famoso arqueólogo naval, Mr. Jal, y bajo la dirección del ingeniero de marina, Dupuy de Lôme, una *trireme* que por algun tiempo fue objeto de curiosidad en las aguas del Sena.

La circunstancia de ser unas siete veces mas larga que ancha, y las dos curvas en que rematan su popa y su proa, le dan una forma elegante á la par que bonita, al mismo tiempo que la hacen aparecer bastante larga. Su eslora es de ciento cuarenta y un piés, y de veinte escasos su manga.

En la proa se ve un águila, cuyas alas desplegadas seestenden por ambos costados del buque, y debajo, á flor de agua, se distingue el *espolon*; armazón metálica y aguda para hendir los mares.

La popa remata en un adorno que termina en un penacho elegante y movable: el *aplustro* de los navegantes de la antigüedad, que mas tarde fue reemplazado por una especie de veleta, de que solo se conservó la forma del decorado, y que constituía el *aplustro* de las galeras antiguas, el *aplustrum* ó *amplustrum* de los latinos. Este penacho nos lo representan gran número de medallas. Era semejante á la cola de un gallo y estaba hecho con tablas delgadas, pudiendo quitarlo y ponerlo cuando se quisiera. La defensa del *aplustro* era tan sagrada como lo es en el día la de la bandera. El buque vencedor se adornaba con el *aplustro* del vencido. Estaba dorado ó pintado de colores muy subidos.

Una caña (2) semejante á la de los timones del día, sirve para dar movimiento á los dos que la *trireme* tiene en su popa.

Un solo palo, con una especie de entena horizontal, es lo que constituye su arboladura. Esta caprichosa disposición es debida á la falta de noticias que hay sobre este particular.

Debe creerse que el imperial arqueólogo no encuentra concluyentes los razonamientos de Mr. Jal, y que no ha podido hacerse de noticias que merezcan completa confianza para formar una idea exacta sobre el particular, cuando vemos que para la disposición de los remos de su *trireme* ha adoptado un sistema un tanto caprichoso, indicado por aquel sabio, y que el mismo nos describe así:

«La altura de la cubierta á la quilla, es de 2^m 18; y en ella está comprendido un entrepuente ó piso que se levanta sobre la *sentina* (equivalente á la *bodega* de nuestros tiempos). Este entrepuente tiene cerca de 4^m 30 de altura ó puntal, y por ambas bandas, en toda su estension, hay asientos para los remeros de la primera fila ó sea de la inferior, la cual tiene sus chumaceras (*tryma*, *tryrema*, *trogle*, los agujeros por donde pasan y á donde trabajan los remos), abiertas en el casco del buque, y á muy corta distancia de la lumbre de agua. Los remeros de la segunda y de la tercera fila, que los antiguos llamaban los *zygitas* y los *thranitas*, (asi como los de la inferior eran los *thalamitas*), tienen sus asientos de firme en la cubierta, justamente sobre los de los remeros del entrepuente. Los asientos de la segunda fila solo levantan 0^m 16, mientras que los de la primera son mucho mas altos. Los remos de los *zygitas* pasan por chumaceras abiertas en las amuradas, que levantan poco de la cubierta alta. Los remos de los *thranitas* son los mas largos y los mas pesados, y pasan por chumaceras abiertas tambien en las amuradas, como 0^m 70 sobre aquella cubierta.»

En derredor de la misma cubierta tiene la *trireme* imperial una galería adornada con águilas y palmas, como símbolo de fuerza y de victoria; y debajo de esta galería se ven los agujeros de las chumaceras de los remos de la fila inferior.

El número de aquellos es de 130, de los cuales 42 son de la primera fila y 44 de cada una de la primera y segunda. Los de la fila mas alta tienen de largo 7^m 80; los de la segunda 5^m 50, y los de la inferior 4^m 50. Para que puedan manejarse con facilidad, se les ha puesto en la extremidad del guion pedazos de plomo: costumbre que se observó en las marinas del Mediterráneo hasta la desaparición de las galeras.

La cámara del *trierarca*, ó sea comandante de la *trireme*, está á popa sobre la cubierta, y es una especie de sala de descanso.

(1) La *triremis constrata*, tenía cubierta y además llevaba un parapeto que ponía los remeros de la andana mas alta de ellos al abrigo de los golpes del enemigo, al mismo tiempo que servía de teatro á los soldados.

(2) Llámase asi la barra de hierro ó madera con que se imprime movimiento al timón.

Tal es, en resumen, la nave que el César moderno ha hecho construir, como reminiscencia del poder naval de aquel hombre extraordinario, que como él, acabó con la licencia de la libertad, que bajo el nombre de república consumía en luchas domésticas las fuerzas de la patria. Es verdad que el César romano provocó la terrible que terminó en los campos de Farsalia. Pero ¿cuánta no era la grandeza positiva de Roma, cuánta no era la gloria que aquel famoso capitán le había conquistado, cuando el puñal de Bruto acabó con sus días en el mismo santuario á donde se formarían aquellas leyes que él sustituyera con las de su albedrío?

MIGUEL LOBO.

EL FERRO-CARRIL DE LOS ALDUIDES.

Ya que las córtes y la prensa se han ocupado con tanto interés en estos días del ferro-carril de los Alduides, nos parece oportuno poner en conocimiento de nuestros lectores breve y sucintamente algunos datos y noticias para que puedan formarse una idea exacta de esta cuestión importantísima.

El plano que acompaña, marca los diferentes proyectos que se han dado á luz para prolongar la línea férrea que partiendo de Barcelona atraviesa por Zaragoza y termina hoy en Pamplona. Las provincias de Navarra, Aragón y Rioja quieren continuar esa línea desde Pamplona con dirección á Francia, sin perjuicio del empalme prevenido por la ley en el ferro-carril del Norte: el gobierno y los amigos del ferro-carril del Norte quieren que el camino de Zaragoza á Pamplona empalme con el que desde Madrid se dirige por Valladolid, Burgos y Vitoria á San Sebastian, sin que haya nueva línea á Francia. De estas encontradas opiniones han nacido los cuatro trazados que se señalan en el plano adjunto.

Primer trazado, ó sea prolongación oficial: este proyecto en vías de realización, es el que se comprometió á llevar á cabo la empresa del ferro-carril de Zaragoza á Pamplona. Sale de este punto, y atravesando los pueblos de Irurzun é Izurdiaga, llega á empalmar en Alsasua con el ferro-carril del Norte. El paso de la divisoria de los Pirineos se verifica por el puerto de Echegarate con inmensas dificultades acumuladas entre Alsasua y Alegría, en una estension de 55 kilómetros, de los cuales 20 son en línea curva con radios menores de 400 metros, con pendientes de cerca de un 2 por 100, con 19 túneles, uno de los cuales mide 2,900 metros, y con 14 viaductos que varían entre 45 y 205 metros de longitud, y 25 y 50 de altura. La distancia que comprende este proyecto desde Pamplona á San Sebastian es de 135 kilómetros, y el coste aproximado de sus obras es de 5.000.000 de reales por kilómetro.

Segundo trazado: en vista de las dificultades que presenta el oficial, la junta consultiva de caminos, canales y puertos, sostiene este proyecto. Parte de Pamplona, pasa por Irurzun, atraviesa el valle de las Dos Hermanas hasta llegar á Lecumberri, corta la divisoria por el puerto de Albiazu, y empalma con el camino del Norte en Alegría, 5 kilómetros antes de llegar á Tolosa. El trazado horizontal de este proyecto tiene 14 kilómetros en línea curva con radios á veces menores de 400 metros: el vertical es áspero y difícil con pendientes de 0,020; tiene once túneles que miden 6,800 metros, y 6 viaductos. La distancia que existe por este proyecto entre Pamplona y San Sebastian es de 87 kilómetros, y el coste de las obras segun el presupuesto 130.072,223 rs.

Tercer trazado: estudiado por cuenta de una empresa, es mas bien una transacción entre el trazado oficial y el de los Alduides, de que luego nos ocuparemos. Sale de Pamplona, atraviesa el valle del Arga hasta su confluencia con el rio Ulzama, pasa la divisoria por el puerto de Zazpiturrieta, entra en el valle del Vidasoa y empalma en Irun con el del Norte. Necesita este proyecto 43 túneles y 28 viaductos: tiene curvas muy pronunciadas y fuertes pendientes: la distancia entre Pamplona é Irun es de 103 kilómetros, y el coste de las obras pasa de 248.000.000 de reales.

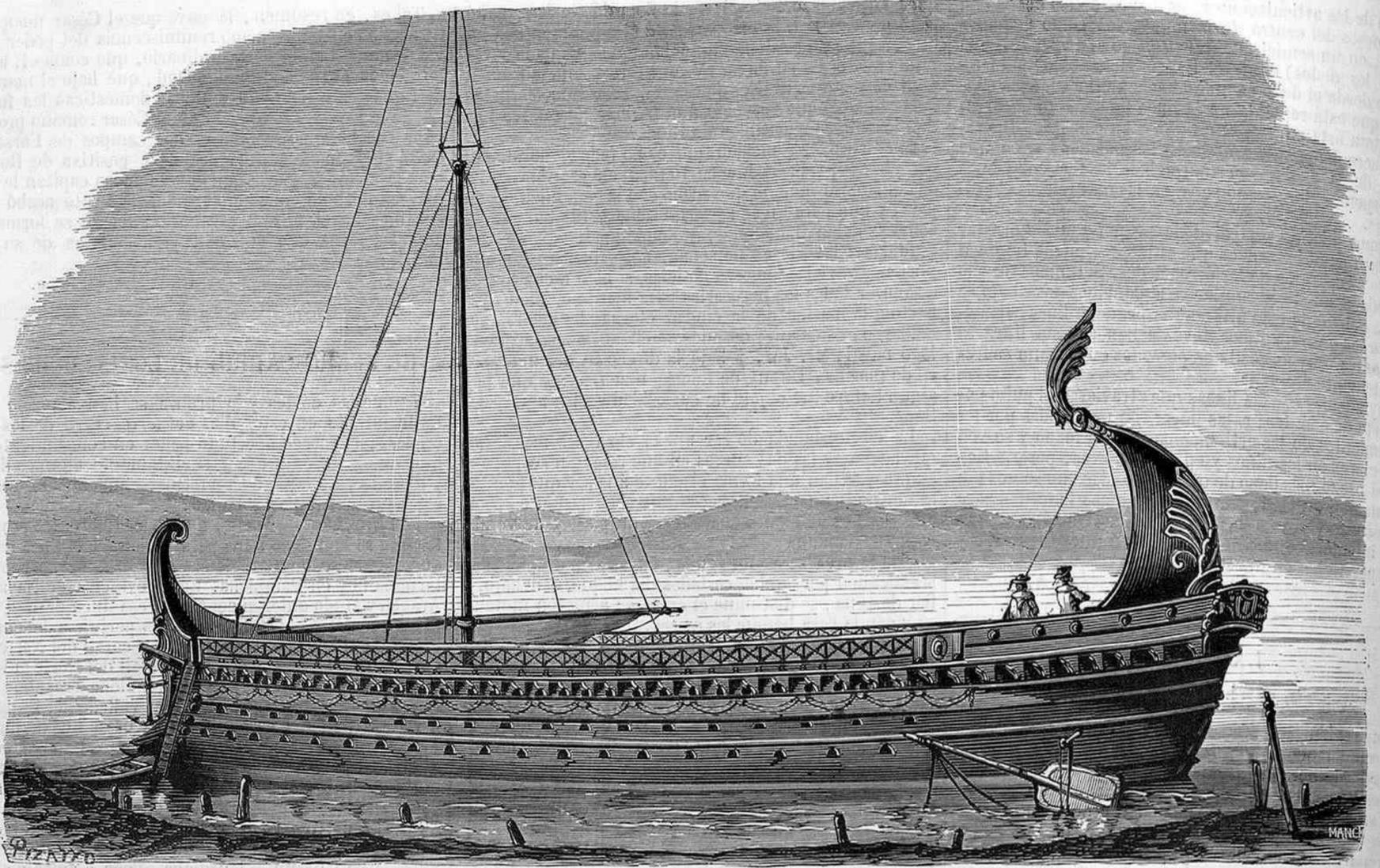
Cuarto trazado: este es el llamado ferro-carril de los Alduides. Sale de Pamplona, pasa los pueblos de Iturte, Olloqui, Larrasbana y Urriaga, y conduce á Baigorri, pueblo francés del valle de los Alduides, donde empalmará con el ferro-carril que el gobierno imperial ha de construir desde Bayona. Este trazado sube por el valle del Arga, atraviesa la cordillera Pirenaica por el puerto de Urriaga, y desciende por el valle de los Alduides, siguiendo el curso de los ríos Aira y Nive hasta llegar á Bayona.

La parte española comprende 34 kilómetros, de los cuales 17 forman el trazado horizontal, que es magnífico, con tramos rectos de gran estension, y curvas que esceden todas del radio de 400 metros. El trazado vertical mas difícil por la índole de la cordillera Pirenaica, no presenta, sin embargo, dificultades insuperables; tiene pendientes que llegan á 0,027, pero que con pequeño aumento en su estension pueden reducirse á 0,025. Sus obras mas notables son el túnel de la divisoria, que mide 5,350 metros con 10 pozos y una carga máxima de mas de 500 metros. La distancia compren-

(1) M. Auguste Jal, autor de la *Archéologie navale* y del *Glossaire nautique*; obras, ambas, de singularísimo mérito.

(2) Notable fue la actividad desplegada por César en aquella ocasión. Careciendo de buques para cerrar el puerto de Marsella, y aislar completamente la ciudad, que tenía cercada por tierra, mandó que en Arles le construyesen veinte y dos buques largos (*naves longas*). En efecto, á los treinta días de empezada á cortar la madera empleada en ellos, se presentaron delante de aquel emporio del Mediterráneo enteramente listos, hasta con el espolon con que debían embestir á las naves enemigas. Es verdad que las dimensiones de esos buques no eran crecidas, y que sus condiciones de andar y de facilidad en las evoluciones dejaban muchísimo que desear; pero de todos modos, el hecho da una idea muy elevada del astillero de Arles, y de la fuerza de voluntad del famoso caudillo que sumergió las leyes de la república romana en las aguas del Rubicon.

(3) Los buques de la escuadra de Bruto, tanto en la primera como en la segunda batalla naval, dadas en las aguas de Marsella, eran todos *uniremes*; unos sin cubierta y otros con ella, y de mediana eslora. Asi resulta de las profundas investigaciones hechas sobre el particular por el citado arqueólogo M. Jal; de las cuales resulta la inexactitud del autor de los *Comentarios de César*, al hablar en ambas ocasiones de *triremes*, de *quadriremes* y hasta de *quinqueremes*; y tambien lo erróneo del texto de Lucano, cuando al narrar el combate entre Bruto y Domicio, dice, que el primero montaba un buque que tenía una *séstupa* combinación de remos.



LA TRIEME DEL EMPERADOR NAPOLLÓN III.

didada por este camino entre Pamplona y Bayona es de 103 kilómetros, y el coste de la parte española asciende próximamente á 66.000.000 de reales.

Examinadas con detenimiento las dificultades que presenta este camino, dicen sus parciales que pueden vencerse; la mas grande es la inclinacion de sus pendientes, que llega á veces hasta 27 milésimas, pero como sin mas que alargar el túnel de la divisoria 500 metros esa pendiente se reduce á 25 milésimas, hay motivos fundados para creer que si á la seccion española de los 34 kilómetros se aumentan cinco ó seis mas, y se disminuye un poco el radio de las curvas, se conseguirá reducir la inclinacion al límite de 2 por 100 fijado por el gobierno para todos los caminos.

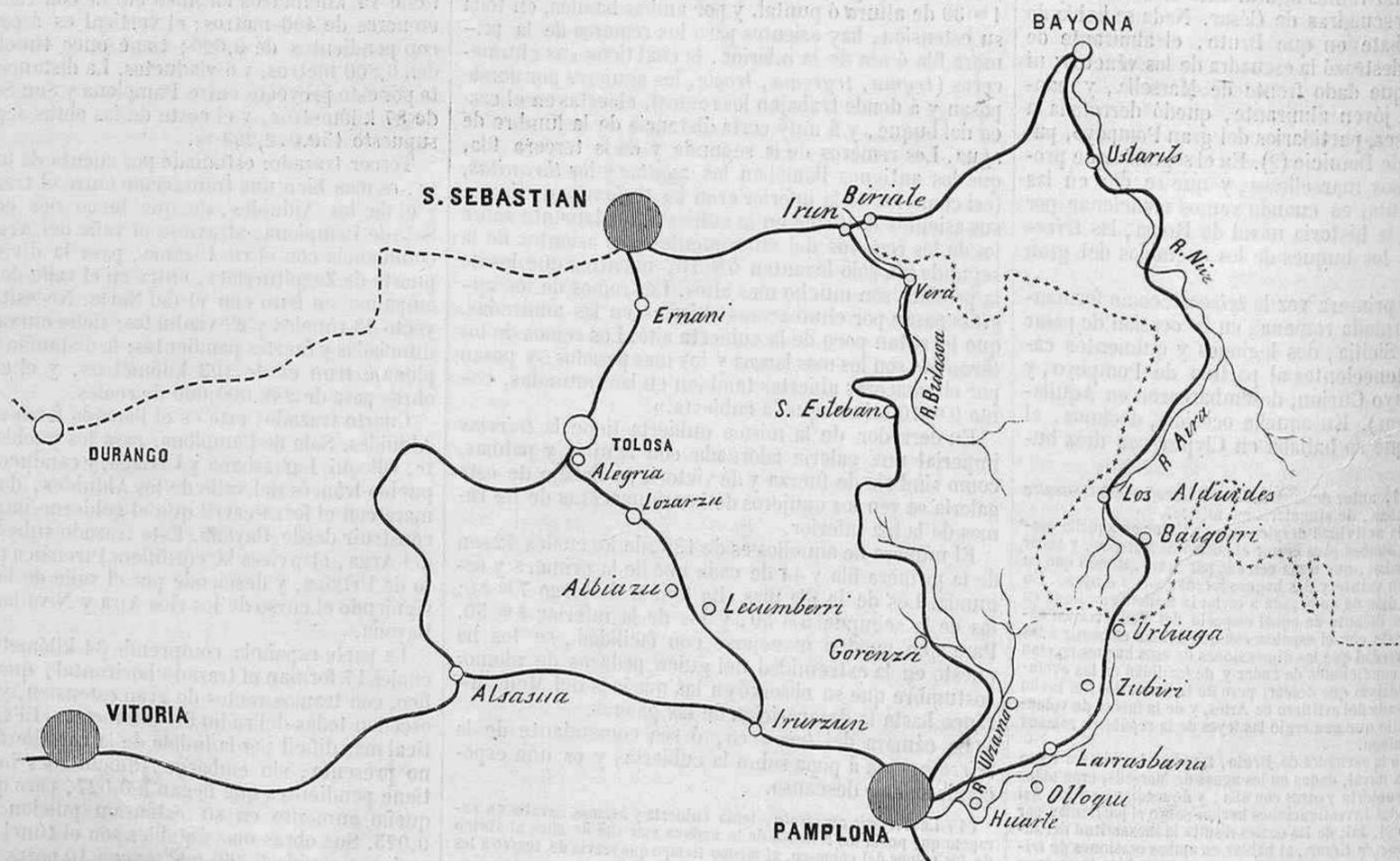
Por lo demás, aunque ese resultado no se consiguiera,

añaden los que apoyan este ferro-carril, ningun temor debe de abrigarse para la explotacion cuando hay caminos de hierro en Europa con pendientes de 3 por 100, y el que actualmente se construye atravesando el Monte-Cenis para unir á Francia é Italia, las tiene de 36 milésimas. El túnel de la divisoria, que mide 5,350 metros, no puede asustar á nadie que sepa que el del Monte-Cenis antes mencionado tiene 14 kilómetros, y no se considera ni imposible ni peligroso.

El coste de 66.000.000 de reales de la parte española del ferro-carril de los Alduides indica claramente en concepto de sus defensores, que las dificultades son fáciles de vencer, porque de otro modo no se comprendería que ese camino fuera uno de los mas baratos que se han proyectado en España.

Dícese tambien por los sostenedores del proyecto que las provincias de Navarra, Aragon y Rioja tienen grande interés en este camino, porque su comercio, que principalmente consiste en vinos, se dirige exclusivamente al departamento francés de los Bajos-Pirineos, donde se consume ó se trasforma; y á la consideracion de los perjuicios que pueden resultar para otra empresa que tiene ya gastados muchos millones en otra línea, responden que no perjudica este proyecto al ferro-carril del Norte, ni al puerto de San Sebastian, porque este ni hace ese comercio de vinos, ni recibe otras mercancías que las que buscan flete para dirigirse á Ultramar.

Teniendo obligacion la empresa de Zaragoza á Pamplona de empalmar en Alsasua con el ferro-carril del



TRAZADOS DE PAMPLONA Á ALSASUA, DE PAMPLONA Á ALEGRIA, DE PAMPLONA A IRUN, Y DE PAMPLONA Á FRANCIA POR LOS ALDUIDES.

Norte, los productos de las provincias del Ebro destinados al embarque se dirigirán siempre á San Sebastian, puerto preferible á Bayona por sus condiciones marítimas y por el gran argumento del derecho diferencial de bandera. Pero el ferro-carril de los Alduides tendrá significación é importancia á juicio de sus parciales, no solo para desarrollar el comercio de las provincias del Ebro, sino para ponernos en rápida comunicación con la Europa por una vía férrea mas corta que todas las proyectadas hasta el presente.

Este camino lo desea Navarra y lo pide sin subvención, de modo que al Estado, y por consiguiente á la España en general, nada le cuesta. De aquí han querido deducir algunos misterios y sospechas que favorecieron poco al patriotismo de Navarra, á quien suponían

influida por el gobierno francés. Mas á esto responden los interesados que basta conocer el comercio activo que Navarra sostiene con Bayona, Pau, Tarbes, Oloron y los demás pueblos franceses de los Bajos-Pirineos, para adivinar que el único móvil que á Navarra impulsa es el interés poderoso de dar desarrollo y consistencia á ese comercio que anima su industria, alimenta su riqueza y aumenta su población.

Los partidarios del ferro-carril del Norte se oponen al de los Alduides, suponiendo que la ley de 1853 votada por las Córtes Constituyentes, concedió á la empresa del Norte el privilegio por lo menos de ser la primera que entrase en Francia; pero la interpretación de la ley en este sentido ofrece dificultades. La cuestión puede presentarse tambien de este modo:

Navarra, que goza de una absoluta autonomía administrativa, ¿puede construir un camino de hierro sin subvención alguna, que partiendo de Pamplona se dirija á Bayona?

Algunos han querido ver en ese camino un peligro para la independencia española en caso de una repentina guerra con la Francia. Los interesados tachan semejante temor de ridículo y pueril. Un camino de hierro, dicen, no puede servir jamás para una guerra de invasión; el de los Alduides además tiene un túnel que puede ser fácilmente obstruido, y siendo diferente el ancho de la vía española y su material al de la francesa, el gobierno de la nación vecina necesitaría además de un ejército formidable con el material de guerra, el inmenso cúmulo de wagones y locomotoras



VISTA DE MEDINA DEL CAMPO. (DE UNA FOTOGRAFIA DE CLIFFORD.)

que para trasportar aquel fuera preciso. Los Pirineos tienen entradas mas cómodas y accesibles que la que un camino de hierro proporcionara, y en todo caso fortifíquese la entrada del túnel y vigílense los movimientos de la Francia, porque no es justo sacrificar á los temores de una invasión improbable los beneficios de una paz existente.

Tal es hoy el estudio de la cuestión. Es probable que el camino de los Alduides llegue á hacerse; pero sus partidarios hoy por hoy no se han atrevido á presentar el proyecto á las Córtes, temiendo con razon una derrota; y han creído preferible discutirlo en teoría para preparar la opinion.

LOS BAILES DE MASCARAS EN MADRID.

II.

Tres años hizo precisamente este carnaval, una hermosa noche, con lodo hasta la rodilla y el termómetro bajo cero, me lancé en busca de aventuras, soñando allá para mis adentros, intercalar en mi prosáica vida de estudiante algun episodio de capa y espada como los de Lope, alguna peregrinacion como la de Childe-Harold, alguna espantable fazaña como la de los molinos de viento ó tal vez una leyenda de Scherzazada: y en-

derecé mi *tour de plaisir* (séame lícito este barbarismo), no al país de las monas como Wanton, ni á ensanchar el mapa de Africa como Dumas, sino pura y simplemente á los bailes de máscaras. Entré en *Jovellanos*, y durante algun tiempo aguardé en una actitud pasiva—con las manos en los bolsillos, á guisa de héroe de novela,—la llegada de los personajes secundarios, que fuesen enmarañando como es costumbre en tales casos, la madeja del argumento; pero las horas huían veloces como un pensamiento que se nos escapa, sin que pizca de aventura saliese á mi encuentro, ni menos yo corriese en pos de ella, sabiendo que no es la dicha de quien la busca. Mi posición se iba haciendo por demás embarazosa y hasta llegué á temer que mi novela se redujese á un monólogo, cosa que maldito si halagaba mis aspiraciones á protagonista de escenas conmovedoras é interesantes. Pero como todo tiene su término acá abajo, mi inquietud cesó tan luego como en mis paseos al través de los salones de *Jovellanos*, me ví objeto de la tenaz persecucion de una máscara. Era una mujer envuelta en azul capuchon de seda, y el instinto de compañerismo me hizo adivinar en la máscara del capuchon, á la heroína, al factotum de mi intriga.

—¡Ola! ya pareció aquello; aventura tenemos y de órdago, me dijo gozoso el corazón: y aparentando indiferencia, entré al abordaje con mi incógnita perseguidora de azul dominó.

—Adios mascarita, la dije; he creído adivinar que buscas á alguno y que ese alguno soy yo.

La encubierta se detuvo un instante como turbada, como sorprendida, tal vez viendo descifrado su mas íntimo pensamiento; pero repuesta al punto, me contestó con una alegre carcajada.

—Quizás no vayas descaminado, y en prueba de ello hé aquí mi brazo. Y diciendo y haciendo, se asió del mio.

Como es de suponer, quedé aturrido de tan brusco éxito y sin vacilar lo hubiera atribuido á mi gentileza, á mi gallardía, si un maldito espejo, traidoramente colocado, no reflejase en aquel momento mi busto, que aquí para entre nosotros no es muy bello busto. ¡Oh! El espejo es mueble que me persigue, que me horripila: es un mueble asesino cuya invencion costó la vida á Narciso. La sociedad debiera proscribirle... y... pero dejando aparte esta trascendental reforma de que ya me ocuparé otro dia, añadiré que si bien el espejo de *Jovellanos* no esplicaba mi triunfo, no por eso fue menos cumplido y ¡quién sabe! ¡pensaba yo en un resto de esperanza, si en mi persona habrá ese gracioso *no sé qué* de irresistible fascinacion! Como quiera que fuese mi aventura tan felizmente comenzada, no debía tener un desenlace funesto, y ya revoloteaba en mis labios el famoso *veni, vidi, vici*, cuando un enorme máscara vestido de lacayo, se apoderó con insolente familiaridad del brazo de mi tapada y sin mirarme, sin contar conmigo me la arrebató. Su desaparicion fue cosa de un

segundo: solo tuve tiempo para coger al vuelo estas palabras.

—Al Real.

Furioso, como un tigre me precipité tras de mi fugitiva; pero una oleada de máscaras se interpuso y me desorientó. Salí á la calle y no ví sino algunos coches que llegaban y otros que partían: entré en el mas próximo gritando al cochero.

—Al Teatro Real.

La distancia que hay desde el teatro de la Zarzuela al Real no es larga; pero ¡cuántas veces maldije en mi impaciencia del simon, del auriga y del jamelgo! Al fin se detuvo el desvencijado vehiculo y penetré de un salto en el regio coliseo, dando codazos á diestro y siniestro como hombre dispuesto á armar camorra por un quitame allá esas pajas.

El Teatro Real es el mas concurrido el mas lujoso y elegante de los bailes de máscaras. Las gentes del buen tono, el mundo que se apellida *fashionable* se reúne allí, y mujeres que se avergonzarian de entrar en *Capellanes* tienen á gala presentarse en el Teatro Real.

—¿Va usted esta noche de baile? pregunta un escudado pollo á su amada, con quien pasea en el Prado el martes de Carnaval.

—No sé, contesta la niña haciendo dengues. ¡Mamá es tan rígida!...

—Pero no creo que se entienda esa rigidez con ciertos bailes...

—Eso es justamente lo que yo la digo. Si se tratara de esos bailecillos de poco mas ó menos, pero ¡el Real! ¡el Real!...

Y por cierto que no hallo la razon de esta preferencia si no se funda en el mas ó menos gusto de la decoración, en la mejor ó peor alfombra y en el precio de entrada que es doble del de *Capellanes*. Por lo demás, las mismas escenas, los mismos lances, igual moralidad, casi la misma concurrencia. En el Real tambien se ve á la pizpireta modista, con su traje pintoresco oliendo á *mil flores* y cogida del brazo del alegre estudiante: tambien á la traviesa doncella, ataviada con los adornos é imitando los modales de su señora; y al pollo de quevedos y larga melena, afectando melancolía y languidez; y al viejo corrompido, con su audaz y repugnante cinismo; y á la taimada ramera ejerciendo su triste oficio; y en medio de aquel pandemonium, se deslizan algunas jóvenes honradas y hombres graves, notabilidades aristocráticas y financieras, y jóvenes de nombre, de corazon y de mérito, olvidando allí, entre los vapores del champaña y las caricias de alguna Lais, la gloria y el porvenir, las artes y la política.

Bajo su aspecto exterior, son sin embargo dignos de verse los bailes del Real. Aquella inmensa oleada de criaturas humanas que se mueve á compás, aquellos dominós de todos colores, aquellos trajes abigarrados, aquellos grotescos disfraces, y el ruido, los murmullos, la confusion, las risas, los gritos, y el sonido de la orquesta, y todos aquellos seres enlazados por las manos, por los brazos, por el cuello, describiendo un ancho círculo en su fantástico movimiento de rotacion; girando con creciente ligereza, tomando posturas estravagantes y haciendo gestos obscenos envueltos en una gasa de polvo, es un espectáculo repito de que no se puede formar idea sino viéndolo.

El Teatro Real es el baile público mas de moda, y por lo tanto el mas concurrido: allí se confunden todas las clases de la sociedad, desde la mas aristocrática á la mas humilde; allí no se estraña ver á la noble dama luciendo su elegante traje y sus joyas de gran valor, pasar al lado de la modesta modista ó de la provinciana cargada de reliquias, ó bien de la pobre hija de un pobre empleado ó de un cesante ostentando un capuchon confeccionado á fuerza de estudio y de ingenio. Allí, como decia Breton en su comedia *A Madrid me vuelvo*:

se corteja á las muchachas
se hace burla de las madres;
se critica á los de atrás
se pisa á los de adelante.

Allí, en fin, la multitud ríe, la murmuracion halla abundante pasto, y si algun corazon vierte lágrimas de sangre..... ¡qué importa! todos dicen: ¡oh qué bello es un baile de máscaras!.

Yo nunca fui apasionado por la danza: la miro como un deber, como un sacrificio hecho á las exigencias femeninas. Asi cuando estoy en una de esas espléndidas fiestas del coliseo de Oriente, se me figura asistir á una sacrilega profanacion de aquel templo del arte, y ver errantes, amenazadoras las sombras de Rossini y de Verdi, y que huyen despavoridos los númenes tutelares de la armonía: hasta me parece una crueldad, ver agitarse en el monótono zig-zag de una polka-mazurka, la batula de Skozdopole que tantas sublimes creaciones nos ha revelado.

A ciertas horas de la noche, la concurrencia aumenta extraordinariamente en los bailes del Teatro Real que son el núcleo á donde confluyen los emigrados de la Zarzuela, de *Capellanes* y de otros puntos: entonces el inmenso salon no basta á contener la muchedumbre, la atmósfera se hace sofocante, el baile es imposible y no queda mas remedio que dejarse estrujar por aquella prensa humana ó aventurarse en el intrin-

cado laberinto de corredores y galerías que conducen á la fonda y al café, cuya glacial temperatura da una mas que mediana idea, de las confortables impresiones de un viaje al polo.

En este momento, en el período mas animado del baile, penetré, como iba diciendo, en el Teatro Real; recorri en todas direcciones el ancho salon, crucé todas las galerías, la fonda, el café; subí á los palcos, al paraiso, todo inútilmente. Los capuchones azules que veía, no eran el de mi desconocida y mis ojos en vano buscaban al gigante lacayo con la caritativa mirada del basilisco. Era desesperante, tres veces horrible como diria Shakspeare, haber tenido la miel en los labios y encontrarse sin mas ni mas á la luna de Valencia. Hasta entonces no creí en esas peripecias de las novelas que á lo mejor suelen dejar al que las lee colgado de su cabestro (aunque sea mala comparacion).

Para consolarme, evoqué la imagen de mi desconocida y me apareció bella, radiante, tentadora, irresistible, como soñamos la alada vision del deseo: piés de andaluza, que al verlos, se adivina su andar lascivo, jugueton, vaporoso y se recuerdan los rizos de la onda, los suspiros de la brisa y el aliento de la noche; seno alto, admirablemente cincelado, de una blancura mate, deslumbradora y viviente en dulces ondulaciones; ojos dormidos, chispeando deleites que envuelven en perfumes el alma abrasando el cuerpo con su fuego devorador; labios que no sonrien sino que meditan ideas que son una ardiente sonrisa; dorados y tendidos cabellos.....

Un súbito tiron del frac cortó los vuelos á mi fantasía, demasiado tarde por desgracia, pues como Pigmaliion, ya me habia enamorado de mi propia obra. El importuno que asi comprometia la integridad de mi frac, era... ¿lo creereis? la mascarita del capuchon azul, en cuerpo y alma por mas señas. Al verla, lancé un grito *homérico* (1) de sorpresa y alegría, y cogiéndola del brazo, exclamé en el mismo son de triunfo que Arquímedes: ¡Ah! ¡la encontré!

—Gracias, me dijo, por tu exactitud. Me fue preciso abandonarte en *Jovellanos* y temia que no vieras aquí.

—¡Oh! ¡Cómo era posible que yo faltase á tu cita! la respondí con el acento de un hombre apasionado y como si ya nos conociésemos de toda la vida. Pero ese lacayazo que tan bruscamente nos interrumpió...

—Era mi jockey que estaba de centinela á la puerta y fué á avisarme que acababa de entrar en el baile mi marido.

No dudé ya que me las habia con alguna dama encoquetada, puesto que gastaba jockeis de aquel calibre y me felicité de mi buena estrella que asi me deparaba una aventura á pedir de boca. Por otra parte, lo que se veía de aquella mujer, era de un tipo de belleza. Su linda careta veneciana, dejaba descubierta un cutis fresco, terso, aterciopelado, unos dientes blancos, pequeños y brillantes y unos ojos de color de cielo; su mano era un modelo, su talle podia abarcarse con los dedos y su cabello era fino, abundante y sedoso. Seguramente era una criatura perfecta.

Empecé á ensayar en ella los galanteos de mejor gusto, las frases de mas efecto que hallaba en mi repertorio, y ya me preparaba á declamar un período literalmente traducido de Safo, de que me prometia gran éxito, cuando mi bella anónima, sin duda ya suficientemente impregnada, saturada diré mas bien, de bucólicas especies, me interrumpió diciendo.

—Si yo pudiera creer en tu amor, seria doblemente dichosa; porque has de saber que te conozco hace tiempo, que voy á la Castellana porque es tu paseo favorito, que frecuento los teatros, solo con la esperanza de verte, que odio la zarzuela porque sé que á tí no te gusta, que he venido á los bailes, la primera vez en mi vida, porque estaba cierta de encontrarte en ellos, y en fin, porque... porque te amo.

Tan desprevenido me cogió esta declaracion á boca de jarro, que el asombro me dejó alhelado, un punto menos de la estupidez: hasta creí percibir el sabor alcalino que indudablemente sentiria la mujer de Loth, en aquel duro trance de su conversion en estatua de sal. Poco á poco mis ideas fueron aclarándose, y mas que júbilo era frenesí lo que experimentó mi alma.

Subrayaba el alba, como dice el autor de un esperpento de novela que se titula *Adelina* (2), en el momento en que yo me dirigia á casa, pensando en la obstinacion con que mi desconocida se negó á quitarse la careta y mas á revelarme su nombre. Todo lo que pude alcanzar fue la promesa de una entrevista, y mas tarde, cuando sin riesgo pudiera hacerlo, se descubriera. Entre tanto se apeó del carruaje en que habíamos paseado largo rato, exigiéndome que me retirase en él, pues la era imposible permitir que la acompañara. Asi lo hice, aunque algo mohino y ardiendo en curiosidad. Bajé del coche que se detuvo en la puerta de mi casa y al ir á cerrar la portezuela, distingo en el mismo sitio que ella ocupaba, un papelito cuidadosamente envuelto.

Era, no una tarjeta perfumada, con corona, casco

(1) Al fin lo solté! Es adjetivo muy en boga.
(2) Esto de *subrayar el alba*, lo creo mas atrevido que decir una verdad al sol que sale. Asi, diré: Mi portera tiene una lengua, que ya...! Es capaz de *subrayar al alba*.

ó divisa; ni un billete de banco, preciada ejecutoria de las ricas-hembras; era... un padron de vecindad que decia: *Torcuata Barreiro, natural de Lugo, de oficio cocinera, etc.* La misma, la mismísima cocinera de la última casa de huéspedes en que estuve, bizca y remangada de nariz por cierto, que ya me habia mostrado en mas de una ocasion espresivas señas de simpatía.

A tan fiero desengaño, tuve horribles impulsos de arrojarme al canal, ó tomar fósforos (amorfos), ó... Pero mis párpados se iban haciendo tan pesados, tras de una larga noche de insomnio y emociones, que abracé el prudente partido de meterme en la cama. Merced á esto, se conserva la presente crónica y otras muchas inéditas aun, que irán viendo la luz mas tarde ó mas temprano, segun que... pues... ¿me explico?

Lector, se entiende

Si esta te gusta y la edicion se vende.

Los bailes de máscaras de la Zarzuela compiten en elegancia y buen gusto con los del Teatro Real; pero la concurrencia no es tan numerosa ni tan brillante, aunque algo mas que la de los bailes del *Príncipe*. Cuando los habia en el Instituto solian ser de sociedad y entonces se necesitaba ser presentado á ellos por un socio como persona de confianza, no obstante lo cual las mamás imponian allí á sus niñas severa consigna y muy sabias restricciones.

Una noche fui llevado al Instituto por un socio. Después de vagar algun tiempo por el salon, donde no encontré un conocido, quise bailar para no aburrirme y me acerqué á varias lindas jóvenes; pero todas *estaban ya comprometidas*: mi amor propio se ofendió de tanto desaire y ya el baile fue para mí un empeño de honra: tomé, pues, una resolucíon casi desesperada: invité á bailar á una chica tan fea, que era preciso tener mas valor que Francisco Estéban para *comprometerla*. La pobre criatura me contestó suspirando con heroica resignacion.

—Siento en el alma no poder admitir su oferta. Mamá me tiene prohibido bailar como no sea con amigos de casa. Sin embargo, pídale usted permiso y tal vez...

Me compadecí: llegué hasta interesarme por aquella desgraciada, víctima de los caprichos de la naturaleza y del rigor maternal, y me dirigí á la mamá que era una enorme mole, un cetáceo con papalina.

—Señora, vengo rendidamente á solicitar de usted la distinguida honra de bailar con su niña.

—Mucho me alegraría de poderle complacer, caballero; pero como no ha sido usted antes presentado en casa... Además, usted gasta lentes como los libertinos del día y aunque no sea usted uno de tantos, yo tengo mis manías sobre los lentes...

No aguardé á que concluyera, para ponerme á sus piés y desde sus piés á la calle. Al día siguiente voy á encargarme un par de botas, y tropiezo manos á boca con mi fea del Instituto, que era la hija de mi zapatero.

Los bailes de *Lope de Vega*, ocupan el último rango entre los de máscaras, son el término de transición á *Capellanes*, á *Paul* y demás bailes de equívoca estofa. La orgías comenzadas en el Real y la Zarzuela van á concluir generalmente á la Fuente Castellana, al Cisne ó en casa de Lhardy, mientras que las bromas de los otros bailes terminan en la Rueda, en los Andaluces, en la pastelería Suiza ó en el colmado de José María.

SIDI-ZULARAB.

MEDINA DEL CAMPO.

No pocas son las ciudades que célebres en tiempos antiguos por su esplendor ó por su comercio, se ven hoy reducidas al triste papel de poblaciones secundarias, olvidadas despues de crisis mas ó menos funestas por las que han atravesado. La antigua *Methimna Campestris*, la villa comercial por excelencia durante la Edad Media, Medina del Campo, pueblo de los mas ricos y florecientes de la monarquía, no conserva ya mas que vestigios de su pasada grandeza. Es en efecto indudable la prosperidad que alcanzó Medina del Campo durante el reinado de los monarcas Católicos, del emperador Carlos V y de Felipe II. Sus ferias llegaron á ser famosas en toda Europa, viniendo á ellas comerciantes franceses, ingleses, italianos, alemanes y aun turcos y berberiscos. Como en aquellos tiempos se concentraba en las ferias la mayor parte del comercio interior, se comprende muy bien que en el año 1563 se traficase en Medina solo en letras de cambio por valor de 53,000 cuentos de maravedís, como asegura Luis Valle de la Cerda, antiguo economista. Felipe II determinó en 1578, que en las ferias de Medina hubiese de haber en adelante tres ó cuatro Bancos, de los que daria cada uno fianzas abonadas en cantidad de 150,000 ducados, y fue luego nombrado por uno de dichos Bancos un vecino de Búrgos que ofreció 300,000 ducados de fianza. Y cuál no seria aun su prosperidad anterior á no haber sufrido Medina del Campo un terrible incendio en 1491, en que ardieron unas doscientas casas,

Y otro no menos terrible en 1320? Segun la carta de la junta de Tordesillas á Carlos I, se quemaron cuatrocientas ó quinientas casas, las mejores y mas principales de toda la villa con las haciendas que en ellas estaban, casas de la mejor y mas pública parte de la misma, donde era el aposentamiento de los mercados y tratantes de las ferias. Quemóse igualmente el monasterio de San Francisco, que era uno de los mas importantes de la Orden, con infinitas mercaderías que aquellos dejaban en él de feria en feria. «Fue tanto el daño, dice la junta, que en lo susodicho se hizo, que con 2.000,000 de ducados no se podia reparar, pagar, ni satisfacer.» Nada queda, pues, de tanta grandeza ni escepcion de algunos antiguos edificios y de la hermosa plaza que aun recuerda su pasada opulencia. El nombre de Medina del Campo será siempre conservado en la historia del antiguo comercio de España, por mas que las vicisitudes y necesidades modernas hayan arrancado á Medina el cetro del emporio mercantil que en otros tiempos empuñara.

DOS MATRIMONIOS.

NOVELA ORIGINAL POR DON RICARDO MOLINA.

(CONTINUACION.)

Yo pensaba en tí, en lo que me decias en tu última carta, en nuestras aspiraciones, en el cielo, en todas las cosas en fin que en aquel tiempo eran las únicas que perturbaban con sus vagas formas mi corazón de adolescente. ¡Cómo me complazco en recordar aquel tiempo tan dichoso! ¡No me separan de él mas que dos meses, y me parece que han trascurrido siglos!

Mi madre sintió un poco de frio y determinamos volvernos hácia casa, pues habíamos salido sin abrigo; pero concibe cuál sería nuestra sorpresa al encontrar detrás y á pocos pasos de nosotras á mi primo Federico.

Ya le conoces. Creo que le has visto este año pasado alguna vez en mi casa. Es el mismo jóven rubio que nos acompañaba anteanoche en el ferro-carril y que ahora... pero no anticipemos; ya llegará su vez á esto. Mientras tanto continuó mi historia.

Yo no sé qué violenta sacudida, qué estraña sensación que hasta entonces jamás me habia causado la presencia de mi primo esperiménté en aquel momento, pero ello es lo cierto que el corazón me dió tal vuelco dentro del pecho, que casi parecia que se me iba á saltar.

Yo pude atribuir la causa de esta sensación indefinible, estraña mezcla de contento y de tristeza profunda al placer que me causaba la vista de una persona allegada, que viniera á participar de nuestro, si alegre y tranquilo, algun tanto monótono retiro, y por otra parte, á la espresion, á todo el continente de mi primo, que aunque procuraba afectar un aire bastante alegre, cosa estraña en su carácter, no podia disimular cierta secreta preocupacion.

—¿Cómo, Federico, le dijo mi madre, te has decidido á sacrificar á estas pobres ermitañas algunos dias robados al bullicio y á los placeres de la corte! ¡Oh, cuánto te lo agradezco!

Mi primo, en vez de contestar, balbuceó algunas frases de sentido ambiguo.

—¡Oh! ya haremos porque no te aburras, continuó mi madre equivocando el sentido de su contestacion, verás como aquí hay tambien diversion para algunos dias y lo menos pasarás un mes con nosotras ¿no es cierto?

—No, señora, no me será posible, vengo solamente de paso y á despedirme de las únicas personas que constituyen hoy mi familia.

—Pues que, ¿á dónde marchas?

—Ya sabe usted que mi batallon ha sido destinado á la guerra, y yo voy á tomar el mando de mi compañía.

—¡Vas á la guerra! exclamamos palideciendo y á un mismo tiempo mi madre y yo.

—Si señora, pero no se asusten ustedes, que no llevo intenciones de hacer que me maten, y me marchó, continuó con una sonrisa que no pudo evitar que fuese triste, para volver lleno de grados y condecoraciones.

Yo ya sabia que mi primo era militar y que naturalmente tendria en caso necesario que marchar al peligro. Pobre huérfano encomendado al cuidado de mi padre, y que primero por razon de sus estudios y luego por sus destinos y su vida agitada y algun tanto loca de jóven oficial, no habia podido vivir sino muy rara vez con nosotras, el escaso trato que habíamos tenido no habia desarrollado en mi corazón hácia él mas que una especie de afecto compasivo, casi indiferente, con que le habia visto esponer su vida en otras ocasiones. Ya habia leído en algun periódico dias antes la noticia del destino de su batallon á la guerra, y aunque me habia acordado de él, apenas me habia causado este recuerdo mas impresion que la que causa generalmente la espresion de un pariente á un peligro remoto.

A pesar de todo esto no pude dejar de conmovirme

hasta el extremo de creer que me desmayaba, viéndose obligado Federico á sostenerme suavemente por la cintura.

—Que temas, hermosa prima, ¿crees que me dejaré matar habiendo en el mundo personas que se toman tanto interés por mi vida?

Jamás me habia llamado Federico hermosa, ni me habia hablado con tanta ternura, ni nunca tampoco me habian mirado sus ojos azules con una espresion tan íntima, tan profunda.

—Vamos, vamos, continuó, esto es una niñería que no viene á nada. Además, tiempo tendrán ustedes de sentir mi despedida, que aunque vengo de paso no es mi marcha tan precipitada que no haya de detenerme dos ó tres dias en la hacienda. Volvamos ahora á la casa, que el aire que se ha levantado no puede serle á usted conveniente, querida tia.

Mi madre tomó el brazo de mi primo y emprendimos en silencio el camino de la quinta. Por mas que él trataba de animar la conversacion y de llevarla á un terreno jovial no lo conseguia. Yo daba el otro brazo á mi madre y no me atrevia á levantar mi vista hácia Federico, porque dos ó tres veces que habia intentado hacerlo, habia encontrado sus ojos fijos en mí, con una espresion tan parecida á la que me hizo volver á la vida cuando rodeó mi cintura con su brazo, que me habia puesto colorada hasta las niñas de los ojos. Sin embargo, una vez que separó su vista para fijarla en no sé qué objeto sobre que mi madre le llamó la atencion, pude tener mis ojos clavados en su semblante durante seis ú ocho segundos y observé, mi querida Carlota, que nunca me habia parecido mi primo tan guapo como hasta entonces. Jamás me habia detenido á observar la noble espresion de dulzura al mismo tiempo que de firmeza que espresa su fisonomía, la gracia con que se levantan las puntas de su rubio bigote, la vaga espresion melancólica que sombrea su rostro, tan interesante á todo corazón simpático por la desgracia.

Llegamos á la hacienda.

Toda aquella noche la pasó Federico mirándome hacer labor sentado á mi lado. Hubo un momento en que al hacerme una pregunta relativa á mi costura su mano estrechaba la mia por debajo de la tela y yo esperiméntaba una sensación, tan nueva, tan estraña, de una languidez tal, que me vi obligada porque me desvanecía á dejar caer mi cabeza sobre su hombro.

Mi madre daba una cabezada en aquel momento.

Después... después seguimos toda la velada casi siempre callados, callados con los labios, pero ¡nos dijimos tantas cosas con los ojos! ¡Dios mio! ¡Cuánto gocé y cuánto sufrí! Pero perdóname Carlota mia, estos detalles sobre los que insisto tanto porque son el tesoro de mi alma, hacen mi historia demasiado fastidiosa.

—¿Qué dices, Mercedes? la interrumpió su amiga. ¿Crees que todos esos pormenores no tienen el mas vivo interés para mí? ¿Acaso no estás contando la historia de lo que pasa por mi propio corazón de algunos dias á esta parte?

—Es cierto, amiga mia, con el egoismo propio del que padece me habia olvidado de que tú tambien amabas. ¡Dios te haga mas feliz que á mí y dé á tus amores la bendicion que no ha querido conceder á los míos!

Yo tampoco pude dormir aquella noche. Pasé toda ella dando vueltas en el lecho, llorando, riendo, rezando, amando en una palabra Carlota, porque amaba ya á mi primo de una manera tal, que solo puedo comparar la intensidad de mi amor con la del remordimiento que sentia por no haberle amado antes cuando tantas veces le habia tenido á mi lado.

Al otro dia sus labios no vinieron á preguntarme si su amor era correspondido ni mucho menos á hacerme una oficiosa declaracion de amor. ¿Qué necesidad teníamos de ese trámite enojoso de las gentes que nunca aman y que por lo mismo tienen que ponerse de acuerdo para todo, puesto que nunca sienten nada?

Mi relato se hace pesado y debo abreviar. Al cabo de los tres dias mas hermosos de mi vida, Federico anunció irremisiblemente su partida por aquella misma tarde.

—¿Tan pronto? le dijo mi madre.

—Señora, mi honor me impide continuar por mas tiempo en la inaccion y disfrutando de la felicidad, cuando mis compañeros caen como espigas ante las balas enemigas.

—Federico, le dije sin embargo al oido, ¿no pasarás la última noche al lado de tu prima? ¿No quieres llevar este recuerdo de felicidad á la campaña?

Y como yo deslizaba estas palabras á su oido con el acento mas tierno y mas insinuante que podia partir de mi corazón, Federico volvió hácia mí sus ojos y envolviendo mi cabeza que se apoyaba en su hombro, en la tibia atmósfera de su mirada.

—Partiré por la mañana, me dijo en voz muy baja: Respiré como si se hubiera arrancado la promesa de no marchar jamás á la guerra, y esperiménté al mismo tiempo cierto temor vago que me hacia estrecharme cada vez mas al brazo de mi primo.

Mi madre cansada se habia sentado en la alameda de los tilos en un banco con su fidelísima Petra.

Federico y yo avanzábamos por la alameda, apoyándonos en su brazo con mi brazo, en sus ojos con mis ojos, en su alma con mi alma, y apenas teníamos valor ni fuerza mas que para murmurar alguna frase de amor, de esperanza ó de temores.

Yo temia por su vida, por su corazón, por su constancia: él me tranquilizaba, me decia que me amaría siempre y yo le amaba tanto, y su voz era tan dulce...

Mercedes interrumpió aquí su relacion y prestó atento oído á algun rumor que se percibia en la habitacion inmediata.

—¡Ah, Dios mio, no permitis ni aun que sueñe en la felicidad pasada sin ponerme en seguida delante de los ojos la horrorosa realidad.

Y desapareció cerrando cuidadosamente la puerta que separaba la habitacion inmediata de la en que parecia haberse percibido aquel rumor.

Al cabo de cinco minutos volvió á abrirse silenciosamente la vidriera y apareció de nuevo Mercedes, con los ojos preñados de lágrimas, al dintel.

—Al dia siguiente, continuó enjugando las lágrimas y contestando con un ademán á la muda interrogacion de su amiga, al dia siguiente muy temprano partió Federico. Mi madre y yo subimos á la torrecilla de la hacienda despues que le hubimos despedido á prolongar todavia los momentos de la partida, viéndole hasta que se perudiese detrás del último árbol de la alameda por donde habíamos pasado la tarde anterior.

Yo agitaba todavia automáticamente mi pañuelo, y aun creo que hacia oracion á la Virgen para que hubiese algun accidente del camino que nos permitiera divisar de nuevo al gallardo ginete, cuando oí de repente un grito agudo y la caída de un cuerpo á mi espalda. Vuelvo precipitadamente hácia el lugar que estaba mi madre y no la veo. La desgraciada, empuñándose con la misma idea que yo habia perdido el equilibrio y el ruido que oí, era el de su cuerpo rodando en la escalera de la torre. Yo me precipité por la escalera y no ví si la bajé ó la rodé tambien; solo te puedo decir que caí llorando sobre el cuerpo de mi madre que yacia inmóvil en el suelo y al darle un beso en la boca perdí el conocimiento.

Cuando volví en mí me encontraba en mi cama. Llamé y no acudió nadie. Entonces me arrojé precipitadamente del lecho y apenas vestida con las ropas que encontré esparcidas al acaso por mi alcoba, pude salir y supe que mi madre á quien creí muerta al principio daba algunas señales de vida, pero su estado era tan grave que el médico que subia en aquel momento de su habitacion, recomendó que absolutamente nadie mas que Petra pudiese entrar en su alcoba á administrarle los medicamentos.

Hazte cargo de los dias de angustia que pasé. Al fin contra la opinion de los médicos, como supe mas tarde, mi madre fue aliviándose, y á los quince dias ya se encontraba aunque débil, completamente fuera de peligro.

Cuatro ó cinco despues, se habia ya levantado un poquito, y estaba sentada en su silla, aprovechando un hermoso rayo del sol que entraba por la ventana y yo la leia las noticias que llegaban por los periódicos del teatro de la guerra, cuando ¡qué horror, Carlota! sin preparacion ninguna, con toda la fria, con toda la implacable crueldad de la noticia de un periódico, ví el nombre de Federico en la lista de los muertos en la última jornada...

—Pero... objetó Carlota.

—Si te comprendo, amiga mia, quieres decir que esa noticia era falsa, continuó Mercedes sonriendo de una manera tan amarga, que Carlota empezó á dudar de si seria verdad que dos dias antes habia visto á Federico. Era falsa, mi primo no estaba mas que herido peligrosamente sí; pero no mas que herido, la bala que hubiera atravesado su pecho á no ser por esto, habia sido detenida por la medalla de la Virgen que yo misma habia colgado, quitándola de mi cuello, al suyo poco antes de marchar, y aunque habia caído sin conocimiento, deshecho un hombro y atravesado un costado por otros dos balazos, Manuel, su leal, su generoso asistente, le habia sacado con gran peligro de su propia vida del lugar de la batalla, cargándole sobre sus hombros. Todo esto no lo supe yo hasta mucho mas tarde, pues á consecuencia de la primera noticia, de los insomnios y de los desvelos pasados por la salud de mi madre, caí con una violenta calentura y cuando volví de ella mi madre, que compartia sus cuidados entre la cabecera de mi primo y la mia, me noticié su estado y que se encontraba ya en la hacienda.

Al fin ambos nos levantamos, nos vimos y pude esperar. El amor de mi vida, mi prometido se curaba, y aunque muy débil, muy pálido y muy delicado, sus heridas se cerraban.

Los últimos dias de diciembre tocaban á su fin y nosotros salíamos ya en las mañanas templadas á dar un paseo por el campo, pero el campo en invierno es muy triste y como el frio nos obligaba por otra parte á estar casi siempre en casa, y la hacienda á pesar de los gastos que se habian hecho en ella no era una residencia de invierno, como el estado todavia delicado de mi primo nos pareciera exigir la atencion de los mas inteligentes profesores, resolvimos volver á Madrid y en estos dias recibí tu carta y tú tambien recibirias el aviso de mi llegada.



FAILE DE GITANOS EN GRANADA.

Ahora me miras admirada como preguntándome la causa de mis males, que no la ves en cuanto te llevo referido: pues que ya han pasado y voy á empezar á gozar al lado de mi primo de la felicidad deseada; no es verdad? continuó Mercedes con triste sonrisa. Pues bien, te lo diré de una vez y tendrás compasion de mí. Despues que hemos llegado se han abierto las heridas de Federico que en este momento agoniza en esa alcoba, y yo que pierdo al primero, al único amor de mi vida, yo que muero de dolor por su muerte, yo Carlota, ¡me encuentro en cinta!

VI.

Carlota no quiso separarse de Mercedes mientras Federico se moria.

Alfonso pasaba por otra parte casi todo el dia junto al lecho de su antiguo amigo de colegio.

Y en medio de la simpatía que ambos experimentaban por la desgracia de sus amigos no dejaban de sentir cierta secreta complacencia en consolar unos mismos dolores y en acudir á unos mismos males.

Si esto quiere decir que cuando somos felices, todo, incluso el mismo infortunio de las personas que amamos, contribuye á nuestra felicidad, mientras que cuando, por el contrario, la desgracia nos persigue nos hace daño la felicidad de nuestros amigos, en buen hora que lo deduzcan los moralistas. Nosotros sin embargo no hemos de decirlo.

Pero tan buena esta ocasion como cualquiera otra para ello, no dejaremos de hacer notar aquí la falsa apariencia en que se empeñan en presentársenos ambos jóvenes.

Ya se puede haber conocido que Alfonso era mas impresionable que profundo. Tormentas de verano que pasan en seguida, y que no dejan huella alguna en la atmósfera, desvaneciéndose casi por completo la corta cantidad de escoria con que enlordan el corazon, á poco de haber vuelto á relucir el sol de la esperanza y de la vida, las pasiones que sentia las experimentaba sin embargo con tanta vehemencia que él mismo llegaba á convencerse de su profundidad y de la realidad de su existencia.

Así es que Alfonso como todos los caracteres de esta clase, si bien podia ser capaz de grandes acciones generosas, se hubiera impuesto en vano como un deber la abnegacion, la abnegacion que hija de la verdad y de la profundidad del sentimiento, no exige la resolucion que puede tomarse en un momento para sacrificar un solo acto, sino el sacrificio constante de toda una existencia, con todos sus dias y todos sus instantes. Si se le presentaban ocasiones, realizaria seguramente acciones de la primera clase pero templada por la edad y

por una falsa esperiencia su imaginacion, Alfonso debia acabar, despues de haber tomado cien determinaciones heróicas, por aceptar la vida como se le presentase y tratar de pasarla de la manera *mas conveniente*.

Mas en tanto vivia del presente, para él hoy era siempre y no ponía cuidado en investigar la profundidad de los sentimientos de su alma, sino en creer en ellos y en imponérselos como ciertos.

La imaginacion de Carlota se habia exaltado por su parte, mas de lo conveniente con sus sueños de doncella y acaso con las lecturas que habia devorado sin todo el discernimiento necesario.

Era mujer, y si como en el de todas las mujeres existia en su corazon un buen fondo de sensibilidad, los dos defectos capitales de su sexo podian llegar á ahogar en ella todas las felices disposiciones de su alma. Era superficial y vana. Pagándose del exterior y deseando mas bien que ser, parecer, habia llegado á formarse la idea de que el mundo admira las almas sencillas y apasionadas y habia ella soñado en llegar á ser una de tantas heroínas de novela, mujeres superiores ante quienes el vulgo se prosterna admirado. Este sueño, que lo tienen casi todas las muchachas, pero que es muy peligroso cuando se empeñan en realizarlo, habia llevado á Carlota á forjarse para su amor un tipo fantástico, y bien porque se aburriera de no hallarlo en la vida real, ó bien porque las condiciones exteriores de Alfonso, que eran las únicas que la superficialidad de Carlota podia apreciar, dieran satisfaccion á su esperanza, ello es que la jóven se empeñó en hacer creer á su corazon que sentia lo que la imaginacion solamente era quien soñaba.

Alfonso era hermoso y tenia todas las ventajas exteriores que el mundo, que no puede conocer otras, tanto estima y esto dejaba satisfecha la vanidad de Carlota. Una sola cosa la mortificaba algun tanto. Alfonso no podia proporcionarle mas que una posicion modesta y Carlota habia soñado con deslumbrar al mundo, con ser la reina por do quiera.

El desenlace de la existencia de Carlota podia de este modo ser peor que el de la de Alfonso.

Así, pues, empeñados ambos de imaginacion en amarse se habian creído que se amaban, y la terquedad con que nos empeñamos en sostener la realidad de los sentimientos que nos imponemos, no es seguramente menor que la obstinacion con que nos aferramos á la utopía que llega á encastillarse en nuestro cerebro.

La Providencia, sin embargo, como si quisiera poner al hombre de manifiesto su miseria y el escaso alcance de sus fuerzas, se complace en colocar constantemente al lado de las mentiras que él se forja las verdades que ella conoce; y aunque os empeñeis en cerrar los ojos á la luz, ó en arreglar los sentimientos á vuestro capricho, llega un momento de silencio en que os sorprende el corazon con un latido que no permite abrigar en ade-

lante duda alguna acerca de vuestros verdaderos sentimientos; así como llega un instante en que el movimiento del feto en el seno de la madre no deja á la desgraciada víctima de una falta, duda alguna acerca del estigma de vergüenza y de desdicha con que va á ver marcada su frente desde entonces.

Desgraciadamente, este momento llega casi siempre tarde.

Esas horas que los amantes, sin cuidarse de las gentes que los rodean las dedican á espesarse en la mirada, en los ademanes, en el pensamiento en las palabras, que si espesan otra idea no tiene sentido alguno en su conversacion, su amor y siempre su amor, Alfonso y Carlota los dos seres que se habian soñado, que se habian presentado el uno al otro, las dedicaban á hablar de Mercedes y de su primo.

Alfonso que habia considerado siempre á Federico como el mejor de sus amigos del colegio, no cesaba de elogiar la nobleza de su carácter, su bondad, su valor, todas las brillantes cualidades que habian hecho amar por todas partes al pobre moribundo, para venir siempre á parar en la desgracia de la pobre Mercedes, de aquella criatura tan noble, tan generosa, tan santa y que no era digna por cierto, añadia con creciente entusiasmo, del castigo con que le azotaba la Providencia.

Carlota no omitia tampoco hacer el elogio de su buena amiga Mercedes, aunque es verdad que este elogio acababa siempre por deplorar la suerte de Federico que tan feliz podia haber hecho á Mercedes ó á cualquiera otra mujer con que se hubiera unido.

A mas de esto la romántica jóven soñaba con que todavía pudiera suceder que se salvase Federico y este hombre tan noble, tendria en tal caso que agradecer la vida á su amable enfermera. Este pensamiento es lícito á cualquier mujer honrada tenerlo á la cabecera de un moribundo sin esperanza, y como nada tenia de censurable, Carlota no se ruborizaba de él, pero no se creia obligada á comunicárselo á nadie cada vez que tomaba una forma vaga en el fondo de su conciencia.

Y como Alfonso habia querido tener la delicadeza de no revelar ni aun á Carlota la accion generosa que únicamente él habia sorprendido á Mercedes la noche de su llegada, cada uno de los amantes reservaba al otro sin remordimiento y casi sin saberlo, algun pensamiento en el fondo de su alma.

(Se continuará.)

DIRECTOR, D. J. GASPÁR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GASPÁR Y ROIG.
EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4.